Comunidad Católica de Lengua Española

Remscheid-Wuppertal-Wermelskirchen-Langenfeld

Hoja 289 – 25.12.2025

En la sencillez de un pesebre,
la Palabra se hizo carne
y nos enseñó a mirar al otro con amor.

Que esta Navidad nos regale ojos nuevos
para reconocer a Cristo
en cada persona, especialmente en quien es distinto.

La Navidad nos recuerda que la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la vencieron (Jn 1,5).

Esa luz es Cristo, que llega como migrante, como pequeño, como diferente.

En Él aprendemos que mirar al otro —al que viene de lejos, al que habla distinto, al que piensa distinto— es una oportunidad para encontrarnos con Dios mismo.

Como comunidad católica migrante, queremos ser un espacio donde nadie se sienta extranjero, porque en Cristo todos somos hijos.

Que esta Navidad renueve nuestra esperanza,
fortalezca nuestros lazos y nos ayude a construir juntos un hogar
donde reine el amor, la justicia y la paz.

¡Feliz Navidad!

Al principio existía la Palabra
y la Palabra estaba junto a Dios,
y la Palabra era Dios.
Al principio estaba junto a Dios.
Todas las cosas fueron hechas por medio de la Palabra
y sin ella no se hizo nada de todo lo que existe.
En ella estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres.
La luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la vencieron.

La Palabra era la luz verdadera que, al venir a este mundo,
ilumina a todo hombre.
Ella estaba en el mundo, y el mundo fue hecho
por medio de ella, y el mundo no la conoció.
Vino a los suyos, y los suyos no la recibieron.
Pero a todos los que la recibieron, a los que creen en su Nombre,
les dio el poder de llegar a ser hijos de Dios.
Ellos no nacieron de la sangre, ni por obra de la carne,
ni de la voluntad del hombre,
sino que fueron engendrados por Dios.

Y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros.
Y nosotros hemos visto su gloria, y la gloria que recibe del Padre
como Hijo único, lleno de gracia y de verdad.

De su plenitud, todos nosotros hemos participado
y hemos recibido gracia sobre gracia:
porque la Ley fue dada por medio de Moisés,
pero la gracia y la verdad nos han llegado por Jesucristo.
Nadie ha visto jamás a Dios; el que lo ha revelado es el Hijo único,
que es Dios y está en el seno del Padre.

Juan 1 Prólogo

Reflexión al Evangelio:

El rostro humano de Dios

No recuperaremos los cristianos el vigor espiritual que necesitamos en estos tiempos de crisis religiosa, si no aprendemos a vivir nuestra adhesión a Jesús con una calidad nueva. Ya no basta relacionarnos con un Jesús mal conocido, vagamente captado, confesado de manera abstracta o admirado como un líder humano más. ¿Cómo redescubrir con fe renovada el misterio que se encierra en Jesús? ¿Cómo recuperar su novedad única e irrepetible? ¿Cómo dejarnos sacudir por sus palabras de fuego? El prólogo del evangelio de Juan nos recuerda algunas convicciones cristianas de suma importancia.

En Jesús ha ocurrido algo desconcertante. Juan lo dice con términos muy cuidados: «la Palabra de Dios se ha hecho carne». No se ha quedado en silencio para siempre. Dios se nos ha querido comunicar, no a través de revelaciones o apariciones, sino encarnándose en la humanidad de Jesús. No se ha "revestido" de carne, no ha tomado la "apariencia" de un ser humano. Dios se ha hecho realmente carne débil, frágil y vulnerable como la nuestra.

Los cristianos no creemos en un Dios aislado e inaccesible, encerrado en su Misterio impenetrable. Nos podemos encontrar con él en un ser humano como nosotros. Para relacionarnos con él, no hemos de salir de nuestro mundo. No hemos de buscarlo fuera de nuestra vida. Lo encontramos hecho carne en Jesús.

Esto nos hace vivir la relación con él con una profundidad única e inconfundible. Jesús es para nosotros el rostro humano de Dios. En sus gestos de bondad se nos va revelando de manera humana cómo es y cómo nos quiere Dios. En sus palabras vamos escuchando su voz, sus llamadas y sus promesas. En su proyecto descubrimos el proyecto del Padre.

Todo esto lo hemos de entender de manera viva y concreta. La sensibilidad de Jesús para acercarse a los enfermos, curar sus males y aliviar su sufrimiento, nos descubre cómo nos mira Dios cuando no ve sufrir, y cómo nos quiere ver actuar con los que sufren. La acogida amistosa de Jesús a pecadores, prostitutas e indeseables nos manifiesta cómo nos comprende y perdona, y cómo nos quiere ver perdonar a quienes nos ofenden.

Por eso dice Juan que Jesús está «lleno de gracia y de verdad». En él nos encontramos con el amor gratuito y desbordante de Dios. En él acogemos su amor verdadero, firme y fiel. En estos tiempos en que no pocos creyentes viven su fe de manera perpleja, sin saber qué creer ni en quién confiar, nada hay más importante que poner en el centro de las comunidades cristianas a Jesús como rostro humano de Dios.

José Antonio Pagola

El misterio de la Navidad

La Navidad es una de las fiestas más entrañables, quizá la fiesta familiar por antonomasia. Es la celebración de la alegría, y está bien que así sea. Con todo, es cierto que el sentido cristiano ha ido perdiendo sustancia, sepultado entre espumillones, comilonas y compras. Poco tiene que ver la fiesta consumista neopagana con la celebración del nacimiento de Jesús en un humilde establo en Belén –que no olería precisamente a mazapán–. Es más, me da la sensación de que es Jesús mismo quien comienza a sobrar en estas celebraciones. Como leí una vez, la Navidad se ha convertido en una fiesta de cumpleaños en la que se invita a todo el mundo menos al cumpleañero […].

Es un hecho incontestable que el ser humano, desde el inicio de los tiempos, ha buscado el sentido de la existencia. Nosotros afirmamos que el Sentido –con mayúscula– también ha salido al encuentro del ser humano. En efecto, Dios no nos ha dejado sumidos en la oscuridad y el caos de nuestra caída, sino que ha salido a nuestro encuentro, traduciéndose a un lenguaje que podamos entender bien: la naturaleza humana. Por eso afirmamos que «la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1, 14).

[…] Ciertamente los caminos de Dios no son los nuestros, pues en Jesucristo, Dios no viene con un poder abrumador, sino en la fragilidad de un niño recién nacido […]. Aquel por quien todo fue hecho, el Alfa y el Omega, tiembla ahora de frío y eleva unas manos diminutas buscando el calor de su Madre. Esto se escapa al entendimiento de los teólogos más brillantes, de los poderosos de este mundo, de los líderes políticos de uno y otro signo… porque ninguno de ellos buscaría a Aquel que es la plenitud de todo poder en un humilde pesebre. Dios no se impone, no avasalla ni busca doblegar la voluntad; al contrario, se presenta en la más tierna vulnerabilidad para hacer carne la afirmación «Dios es amor» (1Jn 4, 8).

Andrés Eduardo García Infante, Echad las redes.

Teología para principiantes